

JORGE EDWARDS

LA ÚLTIMA
HERMANA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Jorge Edwards
Este libro ha sido negociado a través de
Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, maternidad de un hospital judío

ISBN: 978-84-16011-94-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 4521-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los últimos serán primeros, y los primeros,
últimos.

MATEO, 20

Llevamos con nosotras, a Dios gracias,
más inconciencia, más valentía, más pureza.

COLETTE

Pertenezco a la oposición que se llama la vida.

HONORÉ DE BALZAC

Gracias a la vida.

VIOLETA PARRA

Suspiró pensando en Mita, su hija, que ya era una mujer grande. En el misterio de Mita, de la maternidad, y hasta de su distancia. ¡De todo!

—Me gustaría tomar una copa de champagne—le dijo a René.

—¡Champagne!

¿Por qué no? En el Chile de su juventud, los condenados a muerte pedían un último deseo, ¡antes de que les vendaran los ojos!

René se dijo, quizá, que era un gesto muy de ella. ¡Muy suyo! De hija de ricos, si se quiere. Porque era contradictoria, María, burlona, con algo de muchacha, de adolescente, que nunca se le había quitado: niña caprichosa, de réplicas desconcertantes, de chispazos incisivos, provocativa. A la vez, tenía un corazón encendido al rojo vivo, una brasa ardiente, que no se sometía. Que nunca se sometería.

Se quedó callada durante un buen rato, recordando, no sabía por qué, la manera de caminar de Mita, especial, medio ladeada, y después se acordó de algo muy diferente. Se había encontrado hacía algún tiempo con Vicente, Vicho, como le decía, el poeta, en la casa de una señora medio chilena y medio francesa, de marido italiano, madame Fusco o algo parecido. Habían hablado de muchas cosas, y entre otras, de los discursos de ese energúmeno de Alemania, del fantasma del nazismo, que parecía que se paseaba por Europa.

—¿Qué vamos a hacer, Vicho?—le preguntó María, observada con ojos desorbitados por madame Fusco.

—Si se pudiera pelear—dijo el poeta—, ¡me encantaría pelear!

—Pero arriesgarías el pellejo.

—¿Y qué? ¡De algo hay que morirse!

María, que no era muy alta, que tenía el complejo, incluso, de ser más baja que su madre y que sus hermanas, se

había empujado y le había tocado la cabeza con un toque cariñoso, gracioso. Vicente, el Vicho, como solía decir su marido antes de morir, como decía la gente en Chile, era un loco, un loco de atar, y tenía un ego del porte de una catedral, y se creía invulnerable, creía que su talento, su genio, ¡sus privilegios!, lo salvarían en cualquier circunstancia. A la vez, tenía un alma generosa. Y María sentía enorme cariño por él: por sus intuiciones repentinas, deslumbrantes, por sus invenciones, que le brotaban a cada rato, de muy adentro, por su mirada tan sumamente expresiva, por sus estallidos de risa. Su risa, abierta, juguetona, burlona, ¡desopilante!, era lo que más le gustaba. Además, María sabía muy bien una cosa: que si Vicho decía que le encantaría pelear, y jugarse la vida, lo decía porque de verdad le encantaría, no por pose, no por contar un cuento. Ella sentía un afecto especial por René, y a medida que lo conocía en su complicación interna, en su angustia, en su desamparo, el afecto crecía; por Vicente, en cambio, el Vicho, Vicentón, tenía un sentimiento de hermana mayor, a veces de madre. Como si el poeta, con sus salidas, sus desplantes, sus palabras y hasta sus palabrotas, fuera una persona frágil y que la necesitaba. En resumidas cuentas, adoraba a Vicente, y adoraba también a René, y no sabía cómo explicárselo. Porque tenía, ella, una riqueza emocional que desconcertaba a la gente, que a veces la desconcertaba a ella misma.

—¿Y cómo ves todo esto?—le había preguntado a Vicente, mucho antes de que Francia fuera derrotada, de que París fuera ocupado, cuando el desenlace, sin embargo, se empezaba a vislumbrar.

—Estoy pensando en muchas cosas—respondió el poeta, con una cara de indagación, de introspección, que era muy suya—. Entre otras, en un poema mío del año después de la primera guerra.

—¿Por qué?

—Porque la línea ecuatorial, en ese poema, es la que marca el final de una época. O el final del tiempo.

Estaban, quizá, se dijo María, en el fin del mundo, en el apocalipsis que había llegado, y los pájaros, a lo mejor, habían dejado de cantar y se habían ausentado por eso. Aunque no tuvieran adónde emigrar. Y ella notó que *Perico*, su amado cocker, que había aparecido un buen día en su casa de Reñaca, también estaba raro, presintiendo algo (tú podrás saber mucho de pájaros, pero yo sé mucho más de perros). Movía la cola, *Perico*, y miraba por la ventana con ojos asustados, sin poner atención en lo que pasaba dentro, en los movimientos de ella, en la sombra de René, en los objetos del salón, del comedor, del repostero. A todo esto, ella no sabía si su amigo el poeta estaba en París, y si había dicho esto el mes pasado, o el antepasado, o se había ido hacía rato. Probablemente se había ido, ¿a Londres, a Nueva York, a Santiago de Chile, a los cerros de Cartagena?, y la única que se quedaba era ella, y no sabía bien por qué: ¿porque René le hacía compañía, porque podía ser que Jacques no anduviera demasiado lejos, y todavía no se había olvidado de Jacques, por el aire de París, por la «respiqueta parisién», como solía decir un gracioso, por Claire y la baronesa, por evitar a la familia de Chile, con sus reglamentos, sus monóculos, sus tribunales, a pesar de Mita, a pesar de las flores, los perfumes, el mar lejano, horizontal, infinito? Muchos de sus amigos de París, chilenos, franceses, rusos, norteamericanos, hacían sus maletas a la carrera y se largaban al sur, a la Provenza, a la región de Biarritz, a España, donde decían que no había nada, ni pan, ni pollo, ni arroz, ni chorizos, que la guerra civil había terminado con todo, pero algo siempre quedaba.

El atardecer de ese día fue largo, sin nubes, de un azul que fue adquiriendo tonos de acero celeste y contra el cual, como en un telón, se perfilaban los techos, los hermosos te-

chos de París con sus inimitables mansardas, los árboles, los contrafuertes de las plazas, las columnas ceremoniales, las estatuas, los dorados.

—Mejor salgo a la calle—dijo René—, a ver si logro saber algo.

—Ándate, mejor—dijo ella—, y ten cuidado.

Se dedicó a jugar con el cocker, con *Perico*, a quien llamaba a veces con el nombre de *Peruco*, y sintió que había conseguido sacarlo de su ensimismamiento, de su sospecha, de sus movimientos inquietos de la cola, de la inmovilidad visceral del resto de su cuerpo. La oscuridad avanzaba con gran lentitud, de manera que no se notaba el avance, pero después, en el suelo, en las esquinas, en los arbustos, en los jardines interiores, en los pilares de los puentes, sí se notaba. Se le ocurrió, entonces, marcar el número de teléfono de la embajada. Y como no contestaba nadie, marcó el del consulado. No contestaron en el consulado, tampoco.

Había, por consiguiente, que esperar. No se podía hacer ninguna otra cosa. Esperar. ¡Esperar y esperar! Llenó otra vez la copa baja, de bocal extendido, de Baccarat puro. Era un champagne final, un último deseo, porque pensaba en sacrificarse, en desgarrarse las vestiduras, en salir a gritar por las calles, en toda clase de disparates. En la fotografía del cuadro de Picasso que le habían mostrado, el *Guernica*: mujeres que aullaban, perseguidas por bombas, por incendios, por caballos descoyuntados, rodeadas de niños aterrados o heridos de muerte. Guernica era de España, de una guerra anterior, y confirmaba lo que le había dicho Vicente hacía dos o tres años, de regreso de alguna parte. Los generales fascistas, había contado Vicente, gritaban: «¡Muera la inteligencia, viva la muerte!».

María se había quedado callada, y después había gritado: —¡Viva la vida!

Volvió a marcar el número de la embajada, y de nuevo no

contestaron. Decidió, entonces, tratar de dormir. Una de sus maneras de enfrentar los problemas serios era, siempre había sido, meterse en la cama en una pieza oscura y cerrar los ojos. René, a todo esto, había desaparecido sin que ella se diera ni cuenta. Muy a su modo. Molesto, quizá, porque ella bebía champagne y él no lo entendía. Ella se desvistió, se metió entre las sábanas, apagó las luces, y al poco rato, pese a todo, con la boca abierta, con un hilo de baba que le caía por las comisuras de los labios, roncaba y soñaba.

II

...He said, Marie,
Marie, hold on tight. And down we went...

T. S. ELIOT, *The Waste Land*

Durante su estada de un par de años en Londres, recién casada, después de la Primera Guerra Mundial, tuvo la ocasión de leer *La tierra baldía* de T. S. Eliot, *The Waste Land*, que acababa de publicarse, y que tenía el tono, y el aspecto, ¡y hasta la tinta!, de lo diferente, de lo nuevo. Para su gusto, ¡y podía equivocarse!, era el mejor poema que había leído en su vida. Se acordaba de haberlo leído cuando ya estaba de cuatro o de cinco meses, esperando a Mita. El ritmo particular de los versos, el ambiente, los personajes que entraban y salían por todos lados, el misterio que impregnaba todo, la sensación de comienzo y de final, la dejaron trastornada. *April is the cruellest month*, repetía a cada rato, y se quedaba con un gusto extraño, ácido, en la boca, con el corazón alterado, con el pulso acelerado. Fue por eso que garabateó versos en inglés, en hojas sueltas, detrás de compras de la verdulería, y tuvo la osadía de publicar dos poemas en pequeñas revistas universitarias. Nunca faltaba alguna conexión chilena en alguna parte, aunque los ingleses no supieran bien dónde quedaba Chile. Tenemos la impresión de que conocía y de vez en cuando se veía con Álvaro Guevara, hombre mayor que ella, pintor curioso, de notable talento, hijo de un industrial rico de Valparaíso, y que había partido desde los reductos ingleses de atrás de los cerros del puerto, desde las quintas señoriales del sector de La Zorra, donde se hablaba mucho en inglés y se comía cor-

dero con salsa de menta, a Inglaterra, y había viajado con el propósito anormal, probablemente secreto, de estudiar pintura y hacerse famoso. Se sabía que los amigos londinenses de Guevara, que no habían visto a un chileno en su vida (en su puta vida), lo llamaban Chile, Chile Guevara. Después resultó que Chile Guevara, hombre dulce y a la vez violento, y ella no sabía en qué consistía esa mezcla, cómo podía producirse en una misma persona, era amigo de un poeta que se llamaba Ezra Pound y que era de origen norteamericano, y entre ambos, por extraño que parezca, americanos del norte y del extremo sur, leían poesía, discutían de pintura y practicaban el deporte del box. Y además, ¡oh, coincidencia, oh, misterio!, el poeta Pound conocía de cerca al autor de *The Waste Land*, libro que llevaba una dedicatoria impresa y elogiosa a él, fíjense ustedes en el detalle.

—¡Siempre con tus poetas, con tus locos!—repetía Billy, su joven marido, y ella no sabía qué hacer, cómo reaccionar.

Después de Londres, la pareja con su hija y con una nana chilena se había instalado en París. Esto había ocurrido hacia finales del veintidós o comienzos del veintitrés, cuando María no tenía más de unos veintisiete o veintiocho años de edad y Mita alrededor de dos. En esos primeros días parisinos tomó contacto muy pronto con el también joven y contemporáneo suyo de Chile, Vicente Huidobro, a quien había conocido en Santiago todavía de soltera, en una misa de madrugada, de final del baile de unas niñas Fernández o Gandarillas, ya no se acordaba, en la Iglesia de San Ignacio, y habían presenciado los dos, sentados en una larga banca de la nave central, la llegada de tres petimetres borrachos, pálidos como el papel, con las corbatas de etiqueta corridas, que se sujetaban entre ellos y habían terminado por huir sobre las baldosas blancas y negras.

—Me acuerdo muy bien—le dijo Vicente Huidobro en su primer encuentro de París—, entre otras cosas, porque